

¡DIOS

SIEMPRE



ME GANA

LA PARTIDA!

Unos días antes de la JMJ me llamó mi buen amigo Pablo para pedirme no como otras veces venir a visitar a los ancianos con un grupo de catequesis de confirmación, esta vez tenía yo que salir de "lo mío" para ir a encontrarme con "los otros"...

Un grupo de chicos de la Parroquia se estaban preparando para la JMJ de Madrid 2011 y me pidió que fuera a hablarles desde mi vivencia de Consagrada, él sabía que yo también había participado en una JMJ.

La verdad es que me costó un poquito salir de mí misma por la incertidumbre que suponía y la responsabilidad de transmitirles no algo sino a Alguien. En fin, allí me fui con otra hermanita de mi Comunidad y después de pedirle a Jesús que hablara Él por mí no sé muy bien si alcancé a decirles algo. Lo que sí les puedo asegurar es que volví a casa con el corazón henchido por la alegría e ilusión que pude contemplar en el rostro de cada uno de los jóvenes que estaban en esa hermosa sala de Juan Pablo II.

Les hablé un poco de la trayectoria de mi vocación, de cómo Dios siempre me ganó la partida. Tras recibir el Espíritu Santo por la Confirmación sentí una fuerza tan grande en mi interior que decidí ser un gran apóstol y soldado de Cristo. Viví ilusionadísima unos tres años entregada de lleno a Dios sin salirme de mis obligaciones de estudiante y de mis ilusiones y vivencias propias de una joven de 15, 16 años. Tan prendada me quedé de Jesucristo que decidí irme de monja, pero Dios me ganó la partida y decidió cerrarme la puerta del Convento para que no entrara. Aquello me disgustó muchísimo y decidí "romper con Él".

Puse mi ilusión en el deporte y quise hacerme profesora de Educación Física, pero Dios volvió a ganarme, me cerró la puerta del INEF para que no pudiera entrar. Claro que Él cuando cierra una puerta abre otra. Me fui a hacer Trabajo Social, y la verdad es que yo casi ni sabía lo que era aquello pero, como era de pueblo y, había que irse a estudiar a Madrid pues aquello me pareció estupendo. Los tres años que pasé en Madrid (seguía disgustada con Dios), viví sin ir a misa ni recibir los sacramentos (bueno casi), pero lo que no fui capaz nunca fue de pasar por delante de una Iglesia sin entrar y buscar el Sagrario, allí me arrodillaba y miraba a Jesús sin decir una palabra y luego me marchaba. Estaba enfadada con Él, "pasaba" de Él

pero... Él no pasaba de mí y me seguía esperando con infinita paciencia. Me seguía atrayendo hacia Él aunque yo me rebelaba y le desafiaba y no quería "volver" a su amistad.

Empecé a trabajar y parecía que al fin estaba alcanzando mis ilusiones y proyectos.

Vivía en un piso de alquiler, yo solita; me compré un cochecito y viajaba donde quería. Tenía un buen sueldo y el fin de semana me sumaba muy gustosa a la "buena marcha". Entonces no había botellón pero en la "disco" era la primera en ponerme en la pista y bailar hasta las 6 de la mañana. Pero... ¡amigo!... yo no sé lo que pasaba... cuando llegaba al piso sin quitarme la ropa me tumbaba en la cama, me ponía a llorar y no me podía explicar el vacío tan grande que sentía en mi interior.

El dueño del piso me invitó a asistir con su hija a hacer unos Ejercicios Espirituales de 4 días y él mismo nos llevó a Madrid. Allí reflexioné sobre mi vida, delante del Sagrario me interrogué por tantas lágrimas vertidas, ¿por qué no era feliz?... si ya lo tenía todo, ¿por qué mi alegría era tan superficial? Volvimos a casa, pasaron los días, ¡Dios me había vuelto a ganar otra vez la partida!

Él no quería mis horas de trabajo, ni mi estupendo sueldo, ni mi vivir en "libertad" sin depender de mis padres ni de nadie, y me condujo a visitar a esos ancianitos que vivían solos y carecían de toda clase de atenciones y cariño. A través de las visitas a domicilio que tenía que hacer para elaborar los informes sociales fui dándome cuenta de que las personas mayores no necesitaban tanto las ayudas económicas que se les solicitaban como la compañía y cercanía, el cariño y el amor. Así empecé a visitarlas con frecuencia y, con la excusa del trabajo, pasaba largas horas con ellas; dejaba los papeles a un lado y me ponía a limpiarles la casa o a fregarles los cacharros. A los ancianos les resultaba muy extraño que la "señorita del Ayuntamiento" se remangara para hacerles aquellas tareas, pero a mí aquello me hacía sentir algo muy grande por dentro.

Así pasé un par de meses entre dudas y más dudas, por un lado me atraía irresistiblemente la "buena marcha", los amigos, los viajes, por otro lado ese tremendo vacío. Pero Dios nunca me dejaba, aunque yo no lo sabía...

Marché un fin de semana para hacer un cursillo con los compañeros de trabajo en Ávila y a la vuelta, cuando sólo me faltaban unos kilómetros para llegar a casa de mis padres al tomar una curva me salí de la carretera y empecé a dar vueltas de campana; me vi cara a cara con la muerte, pero todo fue tan rápido que no me dio tiempo a nada. ¿Un milagro? Allí estaba Dios acoguéndome en sus brazos. El coche quedó destrozado, no lo quisieron ni para la chatarra, pero mi vida estaba salvada y no me hice ni el más ligero rasguño. Sí, Dios estaba cuidando de mí y yo no me enteraba. Cuando logré subir a la carretera desde aquel barranco, sólo una pregunta resonaba una y mil veces en mi interior... "Isabel, si esta noche Yo te hubiera pedido la vida, ¿qué sería de tu alma?".

Entonces comprendí que en un segundo había perdido todo lo que había conseguido en 23 años, las ilusiones de mi vida: perdí el coche, perdí el trabajo pues no me renovaron el

contrato, tuve que dejar el piso y tuve que dejar "la libertad" para volver con mis padres. Todo, lo había perdido todo. Es verdad, podía recuperarlo de nuevo pero ahora ¿quién me podía asegurar que aquello iba a ser para siempre? Sí, empecé a reflexionar, ¡qué importante es pararse a reflexionar! y pensé que debía haber algo por lo que trabajar y que fuera para toda la vida; evidentemente este "algo" no podía ser sólo material, pues lo material todo es pasajero... entonces, ¿dónde buscar?.

Me acerqué por la parroquia de mi pueblito y el sacerdote me invitó a prepararme para ir a una Jornada Mundial de la Juventud, la de Santiago de Compostela; al principio no me decía mucho pero eso de salir del pueblo y hacer una peregrinación sí que era atrayente. Me decidí y me apunté. Y Dios volvió a ganarme la partida; sí, de allí volví con ilusiones nuevas, proyectos estupendos, ganas de entregarme a los demás. Entonces salía con un chico pero "Alguien más grande" se estaba apoderando de mi corazón, "Alguien había puesto de lleno sus ojos en mí"... El vacío interior se llenaba más y más del más puro AMOR.

Por este tiempo había encontrado otro nuevo trabajo y ya tenía también un coche nuevo.

En el pueblo donde trabajaba me decían los compañeros que había unas "monjas" que cuidaban ancianos y tenían una Residencia pero que estaban muy anticuadas y que teníamos que ir a visitarlas para "convertirlas" y que se pusieran al día y sacaran de excursión a los ancianos. Yo estaba encantada con aquella iniciativa pues todo lo que parecía progreso me llamaba la atención. Pero, en el fondo, lo que me atraía era conocer la vida de aquellas mujeres que vivían para los demás.

Decidí ir a conocer a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, esas "monjas anticuadas" a las que había que convertir, y tan admirada quedé de su vida de oración y de su entrega constante a los ancianos que empecé a visitarlas a diario. Cuando me di cuenta, la convertida había sido yo y comprendí que ese "Alguien" definitivamente me había subyugado y me había robado el corazón. No sabía qué hacer de manera que me puse bajo la dirección espiritual del sacerdote con el que fui a la JMJ. Él me fue ayudando a comprender mi nueva situación.

Ahora era a mí a la que no me apetecía irme de monja, dejar a mis padres, dejar mi trabajo, mi sueldo, mi piso, mi... mi... mi... ¡cuántos miiiiiss! Pues Dios volvió a ganarme la partida. Ahora es Él quien me abrió la puerta y me llevó a dar el paso más grande de mi vida... y es que Dios volvió a ganarme la partida... sí, recibí una fuerza que no puedo explicar cómo pasó pero decididamente Dios me había ganado para Jesucristo.

Lo más grande que me ha pasado en la vida es que Dios siempre me ganó... y, por suerte, me sigue ganando la partida...

*Sor Isabel Zarcero*